

Ciudad de arena

Ángel Santiesteban

Para tío Samuel, cazador de historias

¿DÓNDE ESTARÁN ESAS MUCHACHITAS? POR MUCHO QUE LES EXPLICO NO ME hacen caso. Ojalá que no se les ocurra aparecer después que se haga de día. Emelina se había quedado dormida, pero al despertar y darse cuenta de que amanece se pone nerviosa y corre hasta la ventana. En cualquier momento comenzarán a despertarse los vecinos y descubrirán su negocio. Si el viejo Manolo, siempre apostado en su balcón, lo descubre, se lo dirá al jefe de sector y en unas horas vendrán con una orden de registro. El marido enciende la luz y ella se apresura a apagarla.

—Por la claridad pueden verme asomada tras las persianas. Mejor sigue durmiendo, yo vigilo, mi amor.

Regresa sigilosamente y mira hacia las cuatro esquinas. ¡Dios mío, ayúdame!, y se mantiene atenta a la vela de la virgencita para que no se apague. Nada, que si se portan mal y no son disciplinadas las boto y le digo a mi hijo que vaya al campo a buscar otras, que muchachas sobran para trabajar en las calles de La Habana. Se lo dije, estas últimas que trajiste no me gustan, son un poco socarronas, andan con la mirada puesta donde nadie las ha llamado. Las he sorprendido varias veces pidiéndole favores a mi marido, y no me gusta esa confianza porque a la larga él es hombre y tiene que hacer su papel; y ahí sí que se tienen que ir al carajo, no me importa que se joda el negocio, a mí y lo mío hay que respetarlo, no será la primera ni la última que mando a dormir a la terminal de trenes o a una funeraria; y después que no anden suplicando y echando lagrimitas, que yo no soy de corazón blando. Mi propiedad nadie me la quita ni la manosea... Mi hijo prefiere el negocio con hombres; pero mi marido se niega, qué es eso de tener la casa llena de maricones, con uno basta. Y el hijo no le contesta, sólo se va de la casa por varios días hasta que el hambre lo arrastra de regreso.

Por una esquina asoman dos siluetas. ¡Ahí están!, y aliviada se pasa la mano por encima del pecho firme todavía, y sus ojos se transparentan en la oscuridad. Va hasta la puerta y la abre con delicadeza, rezando para que no suenen el cerrojo ni las bisagras. Apúrense y entren, carajo. ¿Dónde están las otras tres guajiras de mierda? Y ellas encogen los hombros, pensaron que ya habían llegado; se fueron con tipos que no conocían. Emelina las manda a

bajar la voz, ¿qué quieren, que me lleven presa? Me hacen el favor de pagarme y entran al cuarto sin hacer bulla. Saca diez dólares cada una y Emelina los recibe de mala gana, ¿sólo esto?

—Es que la cosa está mala, señora, usted sabe, andan los policías de un lado para el otro. Ya tenemos un acta de advertencia y para la próxima nos mandan a prisión.

—Menos mal que algunos se han hecho amiguitos de nosotras y a veces se hacen los de la vista gorda a cambio de una caricia o un dinerito para mandarle a la familia; en definitiva, somos de la misma tierra.

Emelina dice que no le importa, eso es problema de ustedes, a mí hay que entrar con dinero contante y sonante; si no, tienen que volverse por donde vinieron o se me buscan otro sitio donde quedarse, mi casa no es de beneficencia, porque no voy a correr el riesgo por nada, si me sorprenden con unas ilegales y menores de dieciocho años dentro de la casa no haré el cuento, y me sancionarían a prisión hasta que me pudra. Y mientras habla les mete la mano por los senos y registra en busca de algún billete escondido que al final no logra encontrar. Les abre la cartera y a una le saca un bocadito de jamón y queso con un refresco, y a la otra una cerveza y una pizza, aquí no se ingieren bebidas ni otra comida que no sea la mía. De contra que andan por ahí dándose la buena vida mientras yo sacrifico mi sueño esperándolas, después me paso el día en la cocina a ver qué invento para alimentarlas, y le pagan a una de esta manera, ni siquiera un regalo, eso me pasa por ser buena. Emelina sólo se calla cuando tocan a la puerta. Entonces las manda a esconderse en el cuarto, se guarda el dinero en los senos cubiertos de chupones, luego se persigna y abre la puerta. Son las tres muchachas que faltan y las hala por el brazo. ¿Qué pretenden, matarme de un infarto? ¿No les dije que aquí hay que llegar en plena oscuridad, antes que amanezca? Y estira la mano para que le pongan el dinero, una entrega veinticinco dólares, la segunda veinte y la otra treinta. Con un movimiento de cabeza hace saber que no está mal y con un gesto también las envía hacia el cuarto. Les sigue los pasos mientras cuenta el dinero.

Cuando entran a la habitación las otras están detrás de la puerta. En seguida escuchan cómo Emelina pone el candado por fuera para asegurarse de que no deambulen por la casa ni sean vistas por las ventanas. Se besan entre ellas y cada una deja caer la cartera sobre las camas personales que llenan el cuarto. La ventana, clausurada por fuera con una tabla enteriza que no deja la más mínima hendidura por donde pueda entrar ni un rayo de luz, las obliga a vivir en una penumbra perpetua, o conformarse con la poca luz del bombillo que cuelga del techo. Sólo queda un rincón del cuarto que usan como baño; allí hay dos cubos, uno vacío y otro con agua. Hacen cola para asearse excepto una muchacha que se mantiene sentada sobre la cama y con las manos tapándose la cara:

—Pensé que esta vez era definitiva, casi pude verlo: pero apenas alcancé a ver el brillo difuso del horizonte —y se aparta las manos mojadas de lágrimas y busca una libreta y escribe temblorosa—: *casi pude verlo, pero apenas alcancé a*

ver el brillo difuso del hori... —pero el llanto le impide terminar y repite que casi pudo tocarlo—: esta vez parecía que sí; pero el miedo a que la bruja no me deje entrar en esta pocilga y tenga que volver a mi provincia, a la miseria, a no poder ayudar a mi familia, me empuja a que llegue antes de que ocurra.

—Eso te hace daño, Rita. Sabes que por mucho que llores y sufras no podrás cambiar esta realidad; mejor descansa y piensa que no tienes otra opción, te adaptarás de una vez y por todas.

—Es que soy la que más tiempo lleva aquí, sabes que hago hasta lo imposible por acostumbrarme; pero han pasado tantos meses, y siento que no puedo lograrlo. No soporto continuar viviendo si no veo el amanecer, la luz del día; miren mi piel, está enferma, puedo ver mis venas que a veces son azules o verdes, quizás pronto mi cuerpo quede totalmente incoloro; me resisto a vivir así. Tampoco aguanto la luz de ese bombillo que me pone amarilla, me queman las luces de las farolas de la ciudad, de los carros, las linternas de los policías. Estoy harta de todas esas luces artificiales.

Las otras muchachas deciden no seguir escuchándola, no quieren estar tristes, ya han visto a otras ponerse así y lo único que hacen es empeorar su situación, porque inmediatamente Emelina les saca pasaje de regreso a su provincia; por eso dejan de atender a Rita. Se apartan, se alejan lo más posible y el aire barre el vaho sofocante de la habitación y les vuela los sombreros, desordena sus peinados, unas aseguran sus sombrillas, otras se sujetan sus vestidos con un gesto de recato. Desde sus ojos el cuarto se transforma, es un paisaje con montañas y árboles y el sonido de las aves y las aguas del río, y corren risueñas con los brazos abiertos como si quisieran alcanzar el sol.

—¿Cómo está usted, señorita Dianelys? —le dice Beatriz mientras espera su turno para lavarse con el agua del cubo—. ¿No le parece hermosa la mañana y ese verdor de los árboles cuando apenas comienza la primavera?

—Muy bien, vecina, en días como estos me gusta ir al campo con mi paleta y dejar que mi mano arrastre el pincel sin lógica, después sentarme a observar los trazos e inventar las figuras... ¿Cómo le fue la noche?

—Diría que excelente. Hoy vienen a podarme el jardín, y espero que cuando hayan terminado me acepte una invitación para tomar el té en la terraza.

—Con mucho gusto, querida amiga —le responde Beatriz mientras se quita el blúmer y se agacha en el cubo vacío donde caerá el agua enjabonada.

—Cuando termine usted de deleitarse tomando el sol —le dice Dolores a Beatriz— por favor, pase por mi casa, le enseñaré el último vestido que me he comprado para mi boda.

—No se preocupe, Dolores, ahorita estaré allí —dice mientras se enjabona.

Las otras muchachas se quitan la ropa y la colocan en las perchas que luego colgarán en una soga que va de pared a pared. El momento más difícil es cuando se quitan los zapatos; tienen que hacer un esfuerzo para que el material se desprege de la piel, y salga de las hendiduras donde se ha encajado. Cuando lo logran, dejan escapar un quejido porque el dolor se agudiza, sus pies están morados y comienzan a inflamarse.

Beatriz termina de asearse y va hasta la punta de una cama:

—Dolores, ya estoy aquí para ver su hermoso vestido. Estoy segura de que nadie podría competir con su gusto.

—Adelante —le dice la propietaria de la cama y abre una puerta imaginaria y la invita a pasar con gestos elegantes—: Esta es su casa, mejor nos sentamos en el salón, allí hay muy buena brisa, tome asiento en el sofá, ¡esos almohadones son tan cómodos! —Y se sientan en una esquina de la cama.

El resto de las amigas observan toda la escena como si estuvieran en un teatro. La anfitriona saca un vestido largo, lo acaricia, sus manos recorren el aire y la otra se sorprende y también lo toca:

—¡Qué hermoso, amiga mía!

—Lo tengo elegido para tornabodas. En la habitación del hotel espero quitármelo lentamente hasta hacerlo llegar a la desesperación para que no apetezca a otras mujeres.

—De mis amigas eres la más afortunada.

—Sí, realmente no puedo quejarme.

—¿Por qué no visitamos a Mileidys?

—Oh, sí, magnífica idea.

Y mientras caminan hacia la otra cama, escuchan los quejidos de Emelina, que hace el amor con el marido, ¡que la golpee!, ¡eso, así, dame más, duro, coño, ahora, así, así me gusta!, ¡me duele...!, pero házmelo de nuevo.

—Querida amiga, somos tus vecinas —y Mileidys hace gestos de sorprendida y se asoma a una supuesta ventana—. ¡No me lo esperaba! —Y con otro gesto abre la puerta imaginada y se abrazan, y las invita a pasar—. Mejor nos sentamos en la terraza para aspirar el perfume de los lirios que Panchito el jardinero me sembró. —Y se acomodan sobre la otra cama.

—Podría quedarme a vivir frente a estos lirios por el resto de mi vida. —Y Dolores respira profundamente.

—Sí, he tenido suerte con las manos de este jardinero. Realmente no puedo quejarme de nada en esta vida. Sobre todo porque tengo un hombre que me quiere y vendrá a casarse y llevarme al calor de su familia y tendremos hijos que luego irán a la universidad.

Rita se mantiene alejada, a veces mira hacia la ventana como si presintiera un acontecimiento inesperado. Se acerca, observa los bordes, recuesta el rostro a las persianas para sentir al menos el calor del sol que traspasa la madera. Dice que irán perdiendo la visión, tanta oscuridad nos dejará ciegas. Pero las otras continúan como si no la escucharan.

Emelina quita el candado y el ruido sorpresivo las hace mirar asustadas hacia la puerta. Sin hablarles, les deja un recipiente con espaguetis, algunos platos, vasos y cubiertos plásticos y una jarra de agua. Con la claridad que entra del exterior pueden verle varios morados en los brazos y hasta un hematoma en un ojo. De su cuerpo fornido, que alguna vez fue hermoso, se desprende un agrio vaho de sudor. Luego regresa y vuelve a cerrar la puerta y a poner el candado que suena en sus oídos como un martillazo.

—Tenemos que arriesgarnos y no regresar a esta pocilga; quedarnos todo

un día fuera, y caminar, ir a la playa, correr, conocer la ciudad. Será un día completamente de paseo y terminaremos cansadas y felices. ¿Verdad, Mileidys?

—Rita, estoy segura de que no sabes lo que dices. ¿Te imaginas que a nuestro regreso ya estén ocupadas estas camas, que de pronto no sepamos hacia dónde ir? No, yo al menos no quiero jugar con esa posibilidad.

—Nunca serán libres, nunca; ¿no se dan cuenta de que somos esclavas?

—Pero modernas —le contesta Dolores—. Al menos ganamos dinero y podemos mandarle a nuestra familia. ¡A que no has pensado que hay gente peor que nosotras!

—No sé si lo he pensado. Ni siquiera sé si me interesa pensarlo. ¿No recuerdan cuántas han regresado y se sorprenden al encontrar su maleta en la puerta? Ella sólo les deja la ropa con que vinieron y les roba el dinero. Después las obliga a salir de la casa y el bestia del hijo las acompaña a la estación de trenes. ¿No se han fijado que nos mira con asco? Si por él fuera sólo dejara hombres sobre la tierra; además, la madre apenas le da participación en las ganancias. Todo el dinero es para las borracheras del marido. —Hace una pausa y las mira lentamente—: Lo cierto es que no podemos seguir así, no podemos permitir que nos explote.

—¡Coño, Rita, resulta que ahora te has convertido en una revolucionaria defensora de los derechos de las prostitutas! ¿O acaso eres una líder feminista?

—¡Qué difícil será convencerlas de lo que es el sentimiento de libertad! A ustedes les va a tomar por sorpresa lo peor. Por eso yo estoy preparada, no soportaré llegar a mi provincia en las mismas condiciones en que vine; allá sólo regreso de triunfadora; no aceptaré la humillación y las burlas de los vecinos —y acaricia la botella que mantiene escondida para evitar esa posibilidad—: No, les aseguro que allá no regreso si no es casada y con dinero.

Las otras prefieren no hacerle caso, no continuar escuchando tantas tonterías. Y prefieren también ignorar el almuerzo.

—La belleza y el aroma de estos lirios me adormecen, querida amiga Mileidys.

—No es para menos, mi amiga Beatriz.

—Entonces nos veremos en la boda.

Y asienten con la cabeza, y se besan y regresan a sus camas.

Cuando escuchan el primer ruido en la ventana, todas dirigen la vista hacia la esquina de la tabla que se mueve. Rita se acerca alegre y con la sonrisa de niña ingenua que no le veían desde hacía semanas.

—Ahora veré la claridad —dice.

Y la tabla se mueve y se alza por una esquina por donde de repente entra un haz de luz. Rita grita pidiendo que apaguen el bombillo. Con sus manos juega con la luz y se mueve para que le recorra el cuerpo. Mira hacia el exterior y trata de atrapar el haz con las manos, y distingue la sombra de sus manos en el suelo y las mueve y ríe, hasta que escuchan la voz del marido de Emelina preguntando si es suficiente. Se asustan porque saben que si ella lo descubre, pagarán la osadía de desobedecer sus órdenes. Luego, dando unos

golpes suaves en la madera, él pregunta si ya está conforme, si está lista para cumplir con el trato y pagar. Pero Rita no le responde, ahora mira suplicante a las otras, quiere que la ayuden. Si me engañas, le diré a mi mujer que te mande para tu provincia. Rita continúa en silencio, le tiemblan las manos. No volverás a ver la luz mientras permanezcas en esta casa, te lo juro, dice él y vuelve a callar. Rita dice que no, eso no, y golpea también suavemente la tabla con los nudillos, y él se acerca al hueco que se vuelve a oscurecer mientras ella también lo hace pegando la boca hasta recibir su carne dura que vibra pegada a su lengua. Ahora se mueve desesperado, muérdeme, lastímame, y escuchan su jadeo y ven el semen que escapa por los labios de Rita. Después, vuelve a clausurar la ventana y regresa a la oscuridad y al silencio. Alguien enciende el bombillo. Y aunque Rita se limpia la boca y no cesa de escupir, no puede negar la satisfacción que le recorre el rostro.

—¿La vieron? ¡Esa luz sí era verdadera!

—Creo que no valía la pena hacerlo por tan poco —dice Dianelys—: A menos que ese hombre te guste.

—Deja que lleves la misma cantidad de meses que he estado aquí, entonces me dirás qué vale la pena y qué no. Las cosas que nunca te interesaron cobran una importancia especial. —Se pasa la mano por la cara para limpiar las lágrimas—. El resto de nuestras vidas no serían suficientes para pagar un minuto de luz solar. Es lo único que es puro y sin mancha.

—¿Qué pasó con la defensora de los derechos de la mujer? ¿O ahora eres ecológica?

—Si la vieja descubre que andas tocándole al pepillo, vamos a pagar justas por pecadoras.

—No me pongan en lo oscuro, a morir como un traidor, yo soy buena, y como buena, moriré de cara al sol.

Las muchachas hacen un gesto de disgusto. No pueden soportarla más y vuelven a alejarse. Quedan calladas unos minutos, los ojos cerrados, mientras la oscuridad del cuarto se hace más tenue. Abren los ojos. La cama donde se sientan es ahora un cómodo sofá; el techo de la habitación se deshace y el intenso azul del cielo las cubre como un velo.

—¿A qué hora es la boda? —pregunta Mileidys.

—A las cinco —responde Beatriz—. A esa hora nos casaremos todas; será la más bella boda colectiva que se haya hecho jamás.

Y comienzan los preparativos. ¿Las cervezas ya están frías? ¿Llegó el cake? El auto avanza y cuando se detiene frente a la iglesia y abren las puertas, los flashes las sorprenden. Están una detrás de la otra, esperando el brazo que definitivamente las arrancará de toda esa miseria. La primera en recibir a su novio es Dolores, que lo abraza con ternura y lo besa en la mejilla; echan a caminar y hacen entrada en el pórtico de la iglesia, su vestido blanco y de larga cola se arrastra por la alfombra que han tendido hasta el altar mayor, no dejan de mirar las imágenes de los santos que desde sus nichos asisten a fecha tan memorable. El órgano comienza a tocar la marcha nupcial y varios niños dejan caer pétalos a su paso. No pueden evitar que las lágrimas les humedezcan

los velos, temen que la pintura de los ojos se les corra; pero sería imposible reprimir la emoción. Los novios de frac, resplandecen en sus trajes oscuros. Dianelys mira a sus padres que están en la primera fila, la madre se pasa la punta del pañuelo por el borde de los ojos y el padre suspira profundamente. Los invitados se mantienen sonrientes y conmovidos. Beatriz, al descubrir entre los invitados la presencia del novio que dejó en el pueblo, prometiéndole que cuando mejorara económicamente regresaría a buscarlo, se encoge de hombros: es la vida, piensa, de todas formas no podemos ofrecernos seguridad ni una vida decente; él no puede soportar más y abandona la iglesia. Comienza el *Ave María*, y un coro de ángeles vestidos de blanco deja caer la voz como un maná del propio cielo. Rita entrega a su paso fotos de ella con su prometido autografiadas con sus poemas. Mira la imagen de Santa Teresita de Jesús, patrona de los escritores y le envía un beso. Mientras avanza, Mileidys entrega botones de rosa que saca de un gran ramo que lleva pegado a su pecho. El Obispo personalmente ha venido a dirigir el ritual, y desde una orilla también observa el Cardenal. Todos se arrodillan y se persignan ante la gran cruz que cuelga del techo. Después que el Obispo lee los compromisos que se contraen con Dios y la sociedad al dar ese paso, les dice a los novios que entreguen los anillos y les anuncia que son marido y mujer por la gracia bendita que el Señor les concede. Los familiares se ponen de pie y las abrazan y felicitan. El coro canta *Aleluya*, y se miran, y sienten que no podrán soportar más emociones.

Ahora están en el aeropuerto y se despiden, prometen escribirse, juran que anualmente se reunirán en las vacaciones: un año en cada país. Y los vuelos comienzan a despegar. Rita bota en un cesto la botella que un viejo enamorado le había dado antes de abandonar el pueblo, y que guardaba para el peor de sus días: toma, le había dicho, por si un día te hace falta, bétetela cuando descubras que tu vida camina por el borde de un abismo, y sientas que la esperanza te abandona.

Y Dolores ya está adaptada a que el esposo la llame *madame*, y bese su mano; y ella lo ayuda a tomarse la presión con un aparato portátil que él siempre lleva en el bolsillo; luego le pide a la aeromoza que le traiga un poco de agua para tomarse las pastillas que controlan la hipertensión; verás que no es nada, papito, no te me vayas a morir ahora que soy la mujer más feliz del universo. Y él sonríe con ternura y suavemente le hace recostar en su pecho la cabeza que luego acaricia y besa.

Y cuando Mileidys entra a la casa, la ve completamente adornada de lirios, y se queda sin habla, los ojos fijos en cada flor, comienza a recorrerlas una por una con la seguridad de que se agotará antes de poder mirirlas todas.

Y Rita entra a la casa y donde primero la lleva el esposo es a su biblioteca personal, llena de libros de tapas duras, los clásicos, y necesita sentarse para poder admirar toda aquella riqueza. Finalmente allá, en la esquina, está la computadora, el lugar donde escribirá los próximos poemas.

Adelante, mi Beatriz, éste será tu hogar, nuestro hogar, rectifica ella; claro, por supuesto, le responde él, nuestro hogar, aquí tendremos nuestros chavales, y a ella le parece injusto que le hayan regalado tanta dicha, pero después

piensa en todo el trabajo que ha pasado desde su niñez, ya iba siendo hora de que le tocara un poco de suerte.

Le ha tapado los ojos a Dianelys y sólo le quita el pañuelo cuando está completamente dentro de la casa, *home sweet home, okay, sí, es decir, yes, dice ella, y lo abraza y lo aprieta y jura amarlo hasta el último día de su vida.*

Y el esposo vuelve a decirle, *madame Dolores*, y sale del baño con un pijama, pero ella asegura que se acostumbrará, aunque para dormir prefiere a los hombres desnudos, sentir toda la noche sus calores apoyados a sus nalgas; en cambio, ella se ha puesto un deshabillé transparente y se le sienta sobre las piernas, finge estar entretenida y que el movimiento provocador que mantienen sus nalgas es inconsciente; él la abraza por la cintura y le besa los senos: *C'est votre maison.*

Mia ragazza, I libri sono tuoi, y Rita acaricia los libros, luego se pone las manos en el pecho, y se descubre los senos duros, que exigen la boca que chupará sus pezones.

Mileidys está acostada en un sofá blando donde le parece que se pierde, que es tragada por todos aquellos cojines. Él se le acerca y ella le muerde la tela del pantalón hasta sentir que algo responde con dureza desde el otro lado y también lo muerde, le pasa la lengua lentamente sobre la tela humedecida para que su lujuria alcance la exasperación.

Carissima Rita, amore mio, y la abraza antes de explicarle que al día siguiente irán a la provincia donde conocerá a su familia. Él se adelantará para atender los preparativos del recibimiento, no quiere que falte nada. Rita se asusta, le pide de favor que no la deje sola, prefiere llegar con él aunque después falte algo o todo, pero desea estar a su lado para tener la seguridad de que nada le sucederá. *Amore mio, non ti preoccupare, tutto sarà bene*, la dejará en manos de su secretaria, ella y el chofer la llevarán a la clínica donde verá al oftalmólogo para que le pongan los lentes. No tiene que ser tan rápido, puedo esperar. Es que no sabe cuándo estarán de vuelta a Roma, mejor ahora para no tener apuros en regresar. Y mueve los hombros resignada y lo besa.

Beatriz recibe las caricias de su esposo como si fuera el mejor de los hombres, tiene varios orgasmos y al amanecer está desfallecida. Joder, que ya amaneció, dice él y se levanta para el trabajo. Por favor, mujer, prepárame el desayuno.

Dianelys corre las cortinas de la ventana para mirar el amanecer. Su esposo ya se fue. Le ha dejado al lado de la lámpara en la mesita de noche un papel con el número telefónico del trabajo. Es un hombre de detalles, se dice y acaricia su foto dentro de un pequeño cuadro que también adorna la mesita: tiene deseos de gritar que es una mujer feliz.

Dolores está ardiente, las puntas de sus senos parecen botones que se hinchan, pesan y se despegarán de su piel; y se agacha y palpa por encima del pijama, siente flacidez, pero insiste y lo besa, juega, succiona, toca los recónditos lugares donde ella supone que ninguna otra mujer, salvo una puta, sabe llegar; pero tampoco obtiene respuesta, lo mira, qué te pasa, nada, le responde y rehúye la mirada, pensé que te habías dado cuenta de mi enfermedad y de

todas las pastillas que tomo. Dolores no quiere escuchar esas palabras. Él le promete estabilizarse y tener una vida normal, para serte honesto, hace años que no puedo lograrlo. Dolores no puede evitar que unas lágrimas le recorran las mejillas y le aparta la mano cuando él intenta secarla. No te asustes, aquí en Europa es distinto, somos más abiertos, mira, tengo un joven fiel que trabaja para mí y me presta cualquier servicio, lo he mandado a buscar.

Rita estaba segura de que esa mañana le había proporcionado el primer despertar feliz de su vida; después de una noche impresionante de sexo, su esposo salió en busca de su vuelo; abre las ventanas y no le importa el aire frío que penetra y recorre la habitación, sólo le importa la luz que choca contra su cuerpo y la hace sentir viva. Tocan a la puerta y es la secretaria, todo está listo, *signora* Rita, y le gusta la palabra por lo musical. Ya voy, responde. Y también aguarda el chofer con un hermoso Alfa Romeo. En la clínica la están esperando, y el lujo y las pocas personas le sugieren lo costoso de un tratamiento allí. En la consulta le mandan a cerrar los ojos y que cuente regresivamente del cien hasta el uno.

Al despertar, Mileidys está sola en la cama. A su lado han escrito una nota: *que esta vida seja melhor que a que eu deixei ha tempo. Um beijo.* Se viste y sale de la habitación porque no entiende cuál es el juego. Afuera hay otras muchachas, descubre que de varias nacionalidades, todas en ropas interiores y fuman. Le sonríen mientras intenta rebasarlas para alcanzar la puerta. Una señora acompañada de un negro le pide que regrese, ahora le pertenece. Le responde que no es de nadie salvo de sí misma. La señora echa a reír y mira al negro y le acaricia el pecho, ¿acaso me puedes explicar cómo piensas sobrevivir allá afuera al frío y el hambre?, sabes que no pasarás de la primera noche, por la mañana te encontrarán helada y sin ropa a la orilla del río. La toma por el brazo y la conduce hasta la habitación: prepárate, ahorita llegan los clientes.

Rita no sabe cuál fue el último número que dijo, y tiene la sensación de haber estado muchos años dormida. Al despertar está la mano de la secretaria acariciándola, le pregunta si prefiere quedarse en casa hasta que la pupila se recupere o quiere hacer el viaje como ya había acordado con su esposo, en el avión la aeromoza se encargaría de colmarla de atenciones, viajaría en primera clase, por lo que iría muy cómoda. Y Rita desea ver pronto a su marido, no soportaría tener que esperar un día para abrazarlo. Me duelen los ojos. La doctora explica que esa molestia durará apenas unas horas, a su llegada ya se sentirá mejor. Lléveme al aeropuerto, por favor, pide Rita. Aún siente mareos por la anestesia. Cuando va a abordar el avión, la secretaria le busca un sillón de ruedas y la abraza, no sin antes asegurarle que no habrá contratiempos, no te asustes, cuando llegues te estará esperando tu esposo con los brazos abiertos.

Beatriz continúa soñolienta sobre la cama y lo hala para besarlo nuevamente, desea jugar, pero él la empuja, le grita que si no entiende que debe trabajar, es la única forma de poder mantenernos, ya gasté todos mis ahorros en tus cachondadas, ahora haz tu papel. Ella queda perpleja, sin habla, no sabe qué contestar, al principio pensó que era un juego hasta que él la empuja y del impulso cae de la cama, y llora y le rompe una lámpara de noche contra

el suelo, luego él la golpea, y ella le grita que se irá de vuelta, y el hombre se queda sorprendido, y la sorpresa se transforma en cólera, busca en una gaveta y saca un revólver, juro que primero te dejo muerta de un balazo, juro que primero me pagarás hasta el último céntimo; piensas que soy un gilipollas, que me utilizarás para emigrar y después dejarme con el primer tipejo que aparezca. Sin dejar de llorar le prepara el desayuno. Después él se va y cierra la puerta con llave y aunque ella trata de abrirla, forzándola, al igual que las ventanas, le es imposible.

En el transcurso del viaje las aeromozas son gentiles con Rita, a cada momento le preguntan si desea algo, aunque el viaje le parece más largo de lo esperado, es placentero, salvo la molestia que persiste en los ojos; lo único que no coincide con el diagnóstico de la doctora es el dolor que se acrecienta. A la llegada la bajan en otro sillón de ruedas y mientras es empujada por los pasillos se prepara para escuchar, de un momento a otro, la voz de su esposo.

Dianelys siente que alguien abre la puerta con brusquedad, el hombre no la saluda y se dirige al baño, pregunta por su hermano. Aterrada y con la sábana hasta los hombros dice que se fue para el trabajo. Sorpresivamente le hala la sábana y la deja al desnudo, *beautiful*; y ella amenaza con llamar a su hermano al trabajo y darle las quejas. *Ok*, dice él y le extiende el teléfono, ella se resiste un poco y él marca el número y se lo entrega sin abandonar la sonrisa cínica. Le responden y da el nombre del esposo. *Yes, sí, baby, sí, soy yo, ven pronto. What?* Es que hay un hombre aquí que me está molestando y dice ser tu hermano. *Ok, yes, my brother, he's the owner. ¿Do you understand? The owner. The house, the money, everything.* Y le cuelga y no puede apartar al hombre que se acuesta sobre ella.

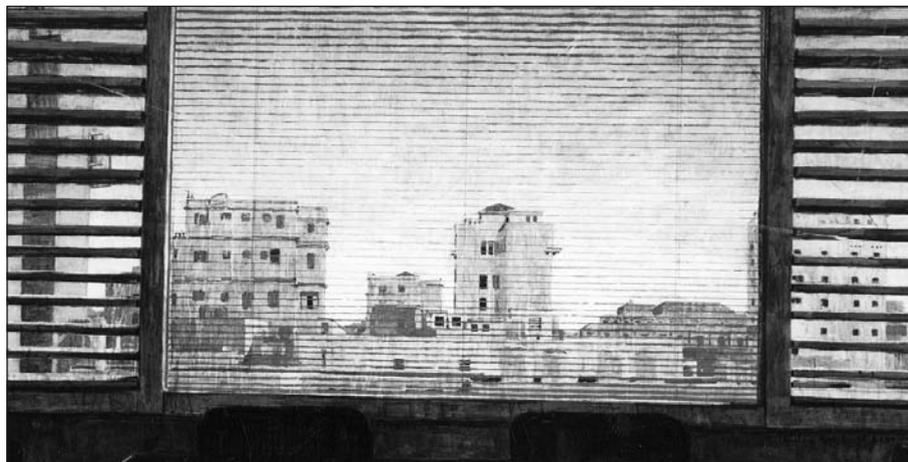
Algo comienza a parecerle extraño a Rita, son las voces, el idioma, el alto-parlante, aseguraría que está rodeada de cubanos y pregunta qué lugar es aquel que escucha a tantos paisanos: Es Cuba, le dicen. No sabe si reír, burlarse de los otros que se equivocan, o si es una sorpresa del esposo, un grito se le escapa, llama a sus padres, a sus amigas, a Emelina y al marido; en la enfermería le inyectan un calmante. Luego en la consulta del oftalmólogo le aseguran que no tiene córneas, que abandone cualquier posibilidad futura de recobrar la vista y que las autoridades internacionales, en este caso la Interpol, se encargará del asunto y perseguirá a los delincuentes.

Las muchachas prefieren regresar a la escena del aeropuerto, regresarán las veces que sean necesarias hasta que salga bien y no tengan nada que reprocharle a la partida. ¡Por qué tiene que ser así! Tenemos que repetirlo, dice Dolores. ¿Cuándo fue que comenzaron a salir las cosas mal?, pregunta Dianelys y camina desesperada por encima de las camas. Mileidys tiene el cuerpo completamente sudado y se pasa la mano por el rostro para quitarse las gotas. Debimos detenernos antes, evitar que las historias terminaran así, asegura Beatriz. Rita saca una botella y tiene lágrimas en los ojos. Para los otros pasajeros que esperan en el salón, aquel brindis significa el comienzo de un viaje; sólo ellas saben que es el regreso del último viaje. Para las personas que observan es una despedida; ellas brindan por el reencuentro. Se desean suerte en el nuevo

recorrido. La próxima partida debe ser definitiva, no soportan más desilusiones. Una vez más y ya. El gran viaje que les espera no es hacia lugar alguno, aunque sea el más importante. Y chocan las copas y el vino se derrama, y beben en sus vasos plásticos hasta el fondo, mientras miran las paredes sucias del cuarto, las camas y los cubos. Y Rita se acuesta boca arriba y mira la esquina de la ventana donde viera por última vez el haz de luz: no me pongan en lo oscuro, dice, siempre de cara al sol. Y cierra los ojos y duerme.

Al anochecer aún permanecen dormidas sobre sus camas. Emelina abre el candado y luego la puerta, asoma su cara y sus ojos brillan en la oscuridad. Da varias palmadas y les retira las sábanas y sus pies chocan con la botella vacía que Rita guardaba para el peor de sus días. Es hora de que vayan a trabajar. Grita que son unas vagas y que si no quieren ir a buscar dinero tendrán que regresar a sus casas, no están aquí de vacaciones. Entonces bostezan, estiran los brazos y lentamente se levantan en medio de una luz tenue que las cubre mientras se alisan las ropas con las manos, y caminan como si levitaran dentro de un sueño. Son una hilera de sombras con la misma disciplina de cuando eran estudiantes de primaria y las promesas parecían ciertas y realizables. Se van y ahora la luz es apenas un soplo que cae sobre sus cuerpos fríos e inmóviles que yacen sobre las camas, mientras sus vagas siluetas salen a cazar los sueños.

Seguramente hoy será la noche que les cambiará la vida.



Última cena,
A/L, 107 x 203 cm., 2000.